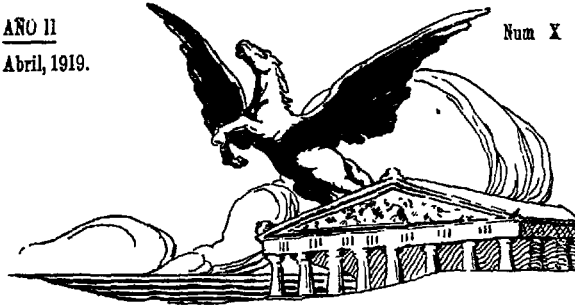
AÑO II
Abril, 1919.

Num X



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Sanvedra — Wilfredo Pí — Montiel Balcestores
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción anual $ 0.50

19 DE ABRIL DE 1825

Acerca de la índole, significación y finalidad sustancial de esta heroica cruzada — ¿y cuando no? y alrededor de que suceso no? — mucho ha tejido y discutido y argumentado, gente de historias, de pasiones y de bandos;..

Esta bien, pero séanos lícito, y es bello y alza el alma, recordar aquellos lejanos días del año XXV, en que los orientales emigrados en Argentina, — hombres tristes y agrios, — «sin patria — pero sin amo», maquinadores eternos una cruzada quimérica contra el imperial señor de la Cisplatina, — se exaltaron con una exaltación incontenible y nueva, ante la victoria del Gran Mariscal en Ayacucho.

Y es Lavalleja, rudo, pequeño y valiente, abandonando su saladero para ser el capitan de la empresa,—y es De la Torre, haciendo confeccionar una pobre bandera tricolor y corriendo diez calles de Buenos Aires para dar con el francés Goloú, que le pintara en ella el lema dilema «Libertad o Muerte»...

Y luego la provisión de un puñado de armas desiguales y miserables, con los poco pesos guardados tan bien en el cajón de aquella cómoda de caoba clara, que ha llegado hasta nosotros,—y el secretear de los que sabían algo,—y la remonta del grupo que no subió de treinta y tres.

Y mas tarde la partida clandestina y la peregrinación por el dédalo lacustre de las tierras del Delta.

Y todavía las sombras del último atardecer y el embarque, y la cruzada sigilosa, y los buques imperiales avizores y... al fin! la costa nuestra, la patria, y el lanchón embarrancando en la playa de la Agraciada, crujiendo con chirrido de esmeril grueso.

Los corazones laten tan fuerte que parece que se van a salir por la boca.

Ya estan allí, en tierra todos, en la playa el equipo estricto, solo falta jurar, en el sagrado solar artiguista, el lema formidable de la bandera...

«Helos allí... con ademán sañudo
Cárdeno el labio y la pupila ardiente»

Y juraron a las primeras luces de una aurora de sol de Ayacucho—el juramento que se esparció por el monte, que recien empezaba a despertar,

... solemne y poderoso
cual se difunde el salmo religioso
por las calladas bóvedas del templo».

.....

JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA.

UNA CARTA INÉDITA DE LAVALLEJA

En el artículo anterior se hace referencia a las empresas comerciales del General Juan Antonio Lavalleja durante su emigración en las Provincias Unidas,—hoy República Argentina—antes de ponerse al frente de la expedición del año 25.

El Dr. Julio Lerena Juanicó, hombre de letras y selecto espíritu, amigo nuestro, ha tenido la bondad de facilitarnos una carta inédita del Jefe de los Treinta y Tres, algo anterior a la épica cruzada, y que contiene interesantes pormenores relacionados con las dificultades y cuitas del viejo capitán de Artigas hecho comerciante.

Este documento forma parte del valioso archivo de la familia Lerena.

S. D. Fran^co^. Juanicó.

Bs. Ays. 7bre. 22 de 1824.

Mi estimado am go: nuevamte. han llegado los momentos qe. preciso de su protección. He arrendado el Saladero de D. Pascual Costa para hacer carnes saladas, el principal que tengo es corto y preciso que me socorran mis amigos. Yo jamás he dudado de sus buenos deseos hacia mi y toda mi familia. V. puede figurarse qual estará mi espíritu, dos años peregrinando pr. estas Provins., y sin tener a quien arrimarme. En este concepto me veo en la dura precisión de incomodar a mis protectores. Asi es

qe. he escrito con esta fha. al Sr. Cavaillon implorando su protección y la de V. — Mi carta a ese Sr. le impondrá a V. detalladamte. de mi solicitud, pa. el efecto tenga la bondad de pasar pr. la vista la qe. le dirigí a Cavaillon, qe. el se la facilitará y resolver acordes lo qe. les paresca mas prudente.

Sírvase dispensar esta franqueza y ordene a este su mas affmo.

JUAN ANTº. LAVALLEJA.

P. D. — Anita se repite de V. con la mayor consideración.

EL POEMA DEL RUISEÑOR

Desde la rama del ciprés dormido
el dulce ruiseñor canta a la Luna
y la invita a bajar hasta su nido...
Ya ves qué casto amor tan sin fortuna...
Y eso que el ruiseñor, en un descuido,
puede llegar volando hasta la Luna.

—

Envuelta entre la luz embrujadora
da al viento el ruiseñor todas las galas
que su garganta mágica atesora;
y la Luna se vuelve toda escalas
de seda y luz .. (La Luna diz que ignora
que su dulce cantor tiene dos alas)....

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores....
Astro y pájaro, a un tiempo, están divinos..
Y élla baja hasta él vuelta fulgores,
y él asciende hasta élla vuelto trinos...

Llena de sombra y de quietud, como una
pupila abierta al cielo indiferente,
un retazo perdido de laguna
sueña en la fronda del jardín.... Presiente
la pálida belleza de la Luna
aquel espejo claro y transparente.

El ruiseñor solloza dolorido
envuelto entre la luz embrujadora
cuando calla, de pronto, sorprendido,
porque desde la rama en donde llora
advierte que la Luna se ha caído
y flota sobre el agua onduladora.

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores....
Luna y pájaro, a un tiempo, están divinos....
y élla asciende hasta él vuelto fulgores,
y él desciende hasta élla vuelto trinos.

El pájaro suplica, impreca y canta
mientras se multiplica a maravilla
la flauta de su eglógica garganta....
y salta alegre al ver como se humilla
La luna que corriendo tras su planta
se viene sobre el agua hasta la orilla....

Ante el dulce deliquio que le miente
la Luna, riendo del cristal del lago,
loco de amor el ruiseñor se siente,
y respondiendo al amoroso halago,
hunde el pico en el agua trasparente
y se bebe la Luna trago a trago.

RICARDO MIRO.

Panamá.

EL GAUCHO

Se ha lanzado la idea de inmortalizar al gaucho; y la aplaudo por mi parte. Ante la exigua, siempre exigua gratitud humana, debe atraer nuestras simpatías todo lo que tienda a rehabilitarnos, y dicho héroe bien merece un monumento. No hagamos sentimentalismo, sin embargo. Tiene de sobra ese «gestor de América» para sobreponerse a los retaceos partidarios. Su obra, enorme, se yergue muy por arriba de las empalizadas donde se embotan nuestras pasiones bravías. Si hemos de magnificar, magnifiquemos. Hay que mirar a este factor medular de nuestra economía por su aspecto más noble, más alto y genuino. Subamos la mira, pues.

Por lo que resulta más representativo el gaucho en nuestra sociología, no es, a mi ver, porque haya sufrido y contribuído más a soportar los azares y quebrantos de nuestra vida turbulenta, sino porque es, si no lo único, lo que ha conservado y tendido más a mantener contacto con el medio americano, vale decir, con su ambiente propio. Así es que, fuera de lo precolombiano, miramos al gaucho como la esencia de nuestras tradiciones criollas, como la valla autóctona opuesta a la conquista ideológica que subsiguió a la era de las emancipaciones políticas. Las urbes se han hibridizado: hay parises, madrides, romas, vienas y hasta berlines por estas comarcas, en tanto que la ciudad americana, de pura cepa, y aún de media cepa, está por verse; y hasta parece ser de realización utópica.

El gaucho, no es el poblador, de cualquier indumentaria rural o urbana, que rinde culto a los dioses, ídolos y fetiches de ultramar, sino el que, compenetrado con el ambien-

te, forja allí mismo su carácter. Es el nativo de América, que siente la altivez de su privilegio regional, y que, por lo propio, se manifiesta autónomo, ya use chiripá, bombacha o frac. Podrá haber desaparecido el arquetipo, si pudo encarnarse alguna vez, pero no es menos cierto que al desvanecerse dicha entidad dejó plasmada su obra estructural como baluarte inexpugnable de la individualidad americana: su psicología. No sólo porque el gaucho, trabado con la naturaleza, hizo sacrificios y sufrió, al propio tiempo que rendía culto a sus aves y sus flores, merece nuestra admiración y nuestra gratitud. Es, particularmente, porque ha salvado la virginidad de América, en tanto que estas poblaciones inorgánicas se sentían apabulladas por la ola de los deslumbramientos de las viejas civilizaciones, perdiendo pié en la realidad, sin acertar a ver lo propio, y sometidas al dictamen de todos, como no sea en materia de libertades políticas: ese es el mayor y mejor título del gaucho.

Si lo que se quiere magnificar es el «eslabón» que une lo americano autóctono con la conciencia moderna de América, elaborada en medio del cosmopolitismo avasallador de las inmigraciones trabajadoras, en estos pueblos formados por una rápida acumulación de hombres y familias que proceden de todas partes del mundo, más bien que por un proceso normal y razonado de selección asimilativa: enhorabuena! Si el gaucho representa algo así como un filtro de resistencia a la incorporación sin arráigo, al poblador que sólo mira nuestra espléndida naturaleza como una gran caja de fierro repleta de oro y de papeles cotizables: enhorabuena! Será el símbolo de la autonomía americana, que es nuestro mayor bien moral y material.

A esa entidad, simpática y fuerte, que, como represa destinada a impedir que nos europeicemos a destajo, fundidos en lo heterogéneo abigarrado, y que, como gérmen fecundo, generó la noción individual e «individualizante», debemos el supremo beneficio de ser lo que debemos ser:

americanos. Y en este campo vírgen, vivero de todas las selecciones, es donde buscan expansión libérrima las conquistas e ideales que fermentan penosamente en el Viejo Mundo por entre las mallas de una tradición ósea. Aquí es donde se cultiva el fruto ópimo del progreso, para disfrutarlo exento de las cóimas que subsisten aún allá a expensas de las glorias y prestigios del pasado, exóticos, felizmente exóticos para nosotros. No sólo para disfrutar mejor de todo esto vive la América autónoma, sino también para retribuir con hidalguía al benemérito campeón ancestral, rejuvenecidos y lozanos, los nuevos tallos de su propia planta, como precio de sus ingentes, admirables aportes a la obra de la evolución mundial, y para ofrecerle también algunos tallos de las plantas nuestras.

Esta es la representación superior del gaucho, de ese elemento que vemos poetizado en nuestras idealizaciones habituales, y en ese sentido es más que un símbolo patrio: es el símbolo de la América Latina.

PEDRO FIGARI.

Abril 8 de 1919.

VELO AZUL

Tornamos tristemente a la alameda
aquella tarde vaga y azulina
que huía con su túnica de seda
cual una aventurera golondrina.

—

Ella me habló de amor: la serpentina
de ilusiones que erótica se enreda
entre dos almas, tiernamente fina
atónos al altar de la arboleda.

—

Posé mis labios en su blanco cuello,
hundí mi inquieta mano en su cabello,
la abracé con locuras de vampiro.

—

Y al volver a la vida y al ser bueno,
mi faz culpable sepultó en su seno,
y ella me dió el perdón en un suspiro.

BARTOLOMÉ GALINDEZ.

Buenos Aires.

LEYENDA E HISTORIA

EL PROCEDIMIENTO PASIONAL

Es un hecho del dominio pericial que la historia tumultuosa de los partidos políticos del Uruguay sólo está escrita parcialmente y que en ella predomina la memoria de los que combatieron a la sombra de sus banderas, viejos soldados de nuestras pasiones, de nuestras virtudes y nuestros errores, milicianos fieles al organismo de los sucesos marcados por el rastreador social de nuestros *centauros*, de forma de caudillos y de fondo de estadistas.

Los artífices que deben labrarla y desentrañar su filosofía no han vaciado aún el molde de la compleja obra, y si por acaso alguno ha perfilado un rasgo, es siempre oportuno decir que no supo emanciparse de la vieja fórmula relatoria y de la brusquedad de las púas de su crítica.

En el medio crítico militante han generado antes los imitadores de Plutarco y de Suetonio que los reales Tácitos y Tito Livios.

Y no debemos agradecerles este florecimiento imaginativo porque es imposible perfilar los varones civiles y militares que los sucesos engendraron sin antes hacer el análisis físio-psicológico del teatro-ambiente, aspirando con justeza a que las fisonomías resulten acabadas o no disten gran espacio de la realidad en la armonía del conjunto. Nos hemos apegado demasiado hasta el día a las leyendas y a las glorificaciones prematuras, sacrificando la noción hermosa y verdadera del trabajo íntegro al detalle interesado y personalista, sin pensar que en estudios de

este género es común que la duda sobrevenga al aplauso incondicional y que lo recamado de artificios, halagador y ligero, es sustituido por el *sine ira et studio* del tiempo que derriba ídolos, desfigura escenas y ennoblece la unidad con nuevas decoraciones.

Los críticos locales poco o nada han conciliado la levadura de la pasión con el reposo y la serenidad del estadista, con lo cual mas han parecido contemporáneos empecinados de los hechos que comentaron que escudriñadores pacientes y concienzudos de la verdad histórica.

Fragmentarios y quizá mutiladores de la sinceridad, no han olvidado con Bagehot que «la mejor historia no es mas que el arte de un Rembrandt; ella arroja una viva luz sobre ciertas causas elegidas; todo lo demás queda abierto de sombra»; pero han recargado desmesuradamente esa sombra que es el encanto del arte y han omitido—imperiosos intérpretes del medio—elementos probatorios de importancia al precio de las satisfacciones partidistas. En su intensidad pasional nos recuerdan aquellos historiadores de la decadencia del Imperio romano, tan complacientes con los gobernantes imperiales, así fueran histriones, grandes administradores o brillantes alienados. Unos complacen a la emotividad colectiva, los otros complacían a la vanidad personal, al suntuoso poderío: ambos mutilaron el pensamiento de la historia. No han tenido presente que así como—al decir de Sarmiento—a las naciones sur-americanas de orígen español les hacía falta un Tocqueville que estudiara su organización social, la República Oriental también necesita un Sarmiento que engendre un libro como *Facundo* que pertenece a la historia porqué explica una época, a la filosofía porque revela un estudio psicológico y a la crítica porque constituye un libro nuevo que es como el génesis de una nueva literatura.

Y si han olvidado con el mismo Bagehot que «ninguna nación puede ser definida de una manera sumaria y abstracta; que no hay suceso alguno histórico que sea únicamente la demostración de un solo principio»—yendo de la extrema glorificación a la más absoluta condena—¿qué mucho que ennegrezcan o iluminen con demasía las figuras nacionales si juzgan empíricamente y sin relación con el concepto de la naturaleza del arte histórico?

Hay que confesarlo paladinamente. Nos deleitamos a porfía en esculpir bajos-relieves que representan la historia del dolor o de los errores sin antes preocuparnos de levantar la base del monumento, y perdemos sensiblemente las horas, que debiéramos dedicar con toda nobleza a las investigaciones laboriosas, en pintar con fuertes colores las deformidades y las escepciones, repitiendo de memoria la tradición verbal sin los esplendores de toda la prueba documentada y sin el rigor que imprime a la idea una alta filosofía.

Nos irritan y nos ponen fuera de la normalidad las más mínimas modificaciones a nuestro juicio preconstituido, y parecemos constituír en medio del desafuero de nuestras tolerancias una resistencia al cambio, una negación del principio de la competencia frente a las necesidades y a las expansiones del progreso. En la reducción del horizonte constructivo, la estabilidad conservadora aparenta estar reñida con la concepción de los nuevos pensamientos, en completo desacuerdo con el desmedido afan de copia e innovación que nos domina en otros órdenes intelectuales. De aquí que a fuerza de querer confirmar los Dioses Penates de la República, confundamos la tradición nacional con la partidaria, concediendo a la una la gloria que corresponde a la otra y magnificando a la parte en vez de honrar y engrandecer a la armonía total.

Nadie en nuestro país se ha apercibido a la tarea eminente de emprender el estudio del caudillo local, ese personaje singular que, en la Argentina, Sarmiento comenzó a disecar y pensadores del día concluyen por reconsti-

tuir con todos los elementos de criterio de la escuela positiva. Se le ha fustigado sin piedad, pero no se le ha explicado. Es en estos organismos netamente americanos, caudillos—brazos y caudillos—ideas que, en definitiva, no serán ni aplaudidos ni condenados, dónde hallaremos el secreto de nuestras grandezas y desventuras, la lógica de nuestras revoluciones y la voluntariedad de sus rudimentarios directores.

La historia regional no será explicada así por la sola pasionalidad de los unos, la agresión ciega de los otros, ni mucho menos por el antagonismo creado por los sistemas irreconciliables del espíritu de órden y del amor desenfrenado por la libertad, porque el factor étnico y la justicia desmentirán en absoluto ese falso punto de vista que esconde el procedimiento unilateral y peligroso de la leyenda.

El estudio sociológico del caudillo, adaptado a la especie del unitario localismo, hecho sin los ardores partidarios que tienen la inercia inelegante de empequeñecer las cosas de valor que tocan, revelado sin las sutilezas rebuscadas de los que aspiran a vivir en un ambiente inepto para hacer vibrar la verdad inexorable, y calcado solamente sobre la gravedad de los grandes maestros, será el más eficaz revelador de la sociabilidad provinciana y el más exacto reproductor de sus éxitos, crímenes y errores. El elogio aparecerá revestido entonces de mayor autoridad, y la condena despojada del odio que no es sentimiento que se inmortaliza para gloria del género humano.

Igualmente distantes de la hipérbole y del anatema que nos han cristalizado durante una centuria, ¿no podremos pronosticar que pronto celebraremos como un progreso educativo la modificación de nuestros hábitos de cronistas, suavizando perfiles demasiado agudos, moderando nuestra imaginación exaltada y graduando el

lente de aumento de los episodios heroicos con que acostumbramos vencer nuestra inteligencia y nuestro juicio desde que nacemos a la vida del discernimiento?

La transformación debe venir al conjuro poderoso del *mens agitat molem.* Al criterio arbitrario, tradicional, apasionado, exclusivista que, aún de buena fé, formuláramos para excitar la simple vanidad de pensadores mediocres, sucederá necesariamente el criterio tolerante, generoso y más perfecto que tiene en vista el descubrimiento ecuánime de la verdad sin apego al prejuicio secular y que triunfa a despecho del derrumbe de los ídolos creados; o sea aquel que, al aplacar el ardor o disminuir la intensidad de la pasión, reduciéndola a sus justas proporciones, decretará el refugio de nuestra literatura histórica en el seguro puesto del método y del análisis científico.

ATILIO C. BRIGNOLE.

PARA VENGANZAS DE TUS DUELOS...

Mujer divinamente buena,
mujer hermosamente pura,
que disipaste mi honda pena
con tu cariño y tu ternura;

Mujer toda alma, toda ensueño,
santa en caricias y en dolores,
de mis insomnios el beleño,
¡oh, dulce aroma de mis flores!

Porque he pisado tus purezas,
porque he matado tus anhelos,
quiero mostrate mis tristezas
para venganzas de tus duelos!

Traigo el caudal de mi amargura,
mi llanto oculto y resignado,
y este negror de sepultura
de mi espíritu desolado!

Te traigo todo lo que es mío
para que puedas consolarte:
cuando tú veas el hastío
que me devora has de calmarte.

Cuando tú veas las saetas
que me atraviesan las entrañas,
mis atroces ansias secretas
que me muerden como alimañas,

Tu corazón se verá pleno
de luminosas emociones,
y al santo abrigo de tu seno
latirán nuestros corazones!

Al verme lleno de miserias
y de vesánicos accesos,
ha de quemarte las arterias
un loco afán de darme besos!

Y tu venganza será inmensa:
porque verás roto mi orgullo;
mas, no sabrás donde comienza
mi cruel dolor y acaba el tuyo!

E. MOLINA HERRERA.

En el próximo número «Pegaso» honrará sus páginas con fragmentos inéditos de un drama lírico de Julio Herrera y Reissig, y un artículo, también inédito, de Héctor Miranda.

EN LA NOCHE...

(*Cuento*)

I

—¡ Cuándo nos echan yueve !.. Y antes ¡ tres meses esperando l'agua !..

—¡ Qué haga Dios lo que quiera ! — dijo la mujer con un gesto doliente, todo resignación.

Mas el marido se irritaba. Los pobres no tienen Dios: todo les sale mal, mientras se dijera que un poder de lo alto protege a los ricos. ¡ Maldita suerte !..

Marcela razonó mejor que nunca. El fracaso era culpa de los pobres. Porque confiaban más de lo debido en el esfuerzo honrado.

—¡ Hay que ser ladinos !

Por su aspecto, se creyera vieja. Y no tenía aún 30 años. Se marchitó junto a su hombre, prodigando energías en aquella tarea extenuante de fecundar míseras tierras abandonadas. Cuando Juan Cruz y su china fueron hasta «Los Abrojos», las quince hectáreas que les arrendó el pulpero Marcos Ponce desaparecían desbordadas por los yuyos nocivos. Las escasas ovejas—únicos seres vivientes de paraje tan hostil—no criaban pulpa. Sus lanas eran las que más tarde y por menos dinero se vendían en Treinta y Tres.

Juan Cruz trabajó sin descanso. Hasta el terrón para levantar su rancho tuvo que cortarlo en un campo lindero. Techó con paja la rústica vivienda y fué en busca de Marcela Suárez:

—Cuándo diga tu tata, nos casamos. El patrón m' arrienda por poco más e nada un campito y ya'he conclido la pueblasión.

Casáronse. Ella rivalizó con el rudo gaucho en la penosa empresa de limpiar la obscura tierra que les regalaba su sano olor a fecundidad, cada vez que el arado la hendía con aquella cuchilla templada y reluciente.

—¡ Parese que la chuciamos !—decía él, blandiendo su picana ante los animales.

Y ella le respondía con esa sutileza ingénita de las campesinas:

—¡ No la chuciamos ! Es que descosemos un vestido que l'apreta.

En tan noble tarea pasaron la luna de miel. Al principio Marcela, que era supersticiosa, vió un mal augurio en las nubes bajas y torvas. Pero el marido la tranquilizó:

—Pa la agrecultura, eso es lo prencipal. ¡ Qué no falten ningún año !

Vinieron días alegres y luminosos. Cuándo se cansaban de arar; sentábanse al borde mismo de los surcos. Una vez prolongaron los besos más de lo acostumbrado. La luna asomó su faz roja, avergonzada, por lo alto de la cuchilla:

—¡ Mirá la envidiosa !

Marcela, ruborizándose, se desasía de los brazos viriles:

—¡ Bandido !.. ¡ Si sos un bandido !..

Pasó algún tiempo. El campito se transformó. Junto al rancho, unas flores—rojas como la boca de Mercedes—embalsamaban el aire. Tiernos arbolitos, eran nuncio de grata sombra estival; de fiel abrigo para el invierno hiriente. Negrearon laderas recien sembradas. Alzó su áurea espiga el trigo y el gracioso penacho del maíz crecía para saludar desde lo alto.

—¿ Asina e rubio ?—dijo él, señalando las barbas de una mazorca.

—¡ Salí, loco !. ¡ Yo lo quiero con el pelo bien negro !.. ..¡ Cómo vos !..

La confesión le valió un abrazo. Y mientras arrancaban el maíz, hacían planes venturosos, ante la promesa de aquel vientre que antes fué virginal y ahora era abultado y grotesco...

II

Hijo legítimo del amor, Abundino era fuerte y risueño:

—¡ Va a ser un mayo e vivo ¡

En torno al chico, crecían los eucaliptos y los álamos plantados por los padres:

—¡ Ha e valer esta madera un día !..

Y no se cansaban de disputar sus arbolitos a las hormigas, y a los vientos y a las heladas. Año tras año, la tierra pagó munificente el afán de aquellos brazos trabajadores. Criaron cerdos y gallinas. Juan Cruz iba al pueblo con cargas que convertía en trapos y artículos necesarios para la tarea y la alimentación. Cierta vez, Marcela vióle llegar arreando una vaca y un ternero. El ternero tenía su hociquillo tan rosado, que hizo pensar a los esposos en el cuerpo desnudo de su muchacho:

—¿ Decime si no es su carne ?

—¡ Cómo pulpa e rosa ! ¡ Mesmo !

Muerto don Marcos Ponce, los hijos le subieron a Juan Cruz el arrendamiento. Fué en épocas de sequía, cuándo el hombre se atrasó en otros pagos. Durante la guerra, se le quedaban con la mitad del grano los pulperos, a cuenta de las bolsas que le facilitaban:

—¿ No ve que no mandan arpillera los ingleses.

—¿ Y qué tenemos que ver con los ingleses los crioyos ? —era el grito indignado de Juan Cruz.

La madera, con la falta de hulla, llegó a obtener en el país una cotización fantástica. Sus montes de álamos y eucaliptos representábanle al ingénuo Juan Cruz un

capital como nunca lo había soñado. Empezó a cortar árboles. « Los hijos del finao » corrieron a impedir la tala:

—¡ El campo es nuestro !

—¿ Y d'ahí ? ¡ No puse yo los árboles ?

—Pero el contrato dice que las « mejoras » quedan a beneficio del propietario—advirtióle entonces un juez de paz.

¡ El contrato ! Juan Cruz ni se acordaba de aquel papelucho indescifrable—en su simplicidad—que firmó hacía varios años. ¡ Malditos ricos ! Siempre los pobres soportando, junto a insolencias, bellacadas. Pero él, Juan Cruz, no estaba dispuesto a ser víctima por más tiempo. Se echó la mano al cinto. Marcela fué corriendo:

—¡ Tuita su plata, no vale que se pierda un hombre e lay como vos !

Con Abundino en brazos, quedó junto al marido. Y los dedos que se crispaban criminales al tocar el gatillo de un arma mortífera, se enredaron amorosos en las crenchas denegridas del « gurí ».

III

El cielo es grís, hosco y pesado, como en aquel tiempo en que las nubes llegaron a intranquilizar a Marcela. Tan bajas ahora estas nubes, que hasta los cráneos sufren su agobio. La tarde se hunde lentamente y hay un susurro triste en la arboleda, por que las ramas vibran como brazos, despidiendo a los que se van.

—¡ Ahura, cuándo yo pensaba prendele juego a tuito esto, viene l'agua que se presisaba antes pa la chacra !..

—¡ Qué haga Dios lo que quiera ¡—repite la mujer, con el gesto doliente, todo resignación.

—Pa los pobres... ¡ no hay Dios !.. —maldice Juan Cruz.

Y ella:

—¡ Uñí los güeyes !.. ¡ Vamo, vamo !..

Mientras asegura las asta al yugo de la triste carreta, Juan Cruz mira rencoroso el cielo; luego los árboles:

—¡ Cae l'agua como peste !.. ¡ Aunque quisiera quemar, ni la paja'el rancho había' arder !..

Hay un silencio doloroso. Atardece. La tierra tiembla con el estruendo de un trueno formidable. Y las ramas de los árboles parecen querer avanzar para despedirse de aquel hombre que conocen; de aquella mujer solícita que llora en silencio; del chicuelo que empezaba a estechar los troncos con sus brazos inquietos y sus muslos aún demasiado tiernos...

Cuándo la carreta chirría entre los campos fangosos, es ya de noche. De ese modo, los vecinos no pueden humillar a la familia con sus miradas compasivas. Hasta los bueyes parecen contagiados del dolor de las pobres almas. Chasquea en el pértigo la flexible picana:

—¡ Marche, Mariposa !.. ¡ Afírmese, Terciopelo !..

La tormenta descarga velozmente. El agua aporrea la techumbre de lata que proteje vehículo tan desvencijado.

—¡ Tuito lo ejamos aquí ! —ruge más que dice el hombre, al pasar la portera, en el límite del campo.

Estrechando contra su regazo al hijo, Marcela suspira:

—¡ Tuito no !

El niño, ajeno a la horrible zozobra ambiente, juega con una mazorca. Las barbas rojizas, al caer sobre una mano de Marcela, le producen la sensación de un coágulo de sangre. La carreta da bruscos barquinazos en las zanjas y los bueyes se detienen. Juan Cruz vuelve a aguijonearlos:

—¡ Marche, Mariposa !.. ¡ Afírmese, Terciopelo !..

La tormenta blande el cuchillo de un relámpago, que desgarra la noche. Todos se deslumbran. Luego el hombre torna a hundir la punta de acero en el lomo de las bestias:

—¡ Si pa los pobres, no hay Dios !..

VICENTE A. SALABERRI.

EL VUELO INÚTIL

Nadie sabe la angustia que taladra mi vida
mientras corren los tiernos años de la ilusión.
Veréis, si amáis mi musa cordial y dolorida,
juventud y un gusano viejo en el corazón.

Mi paso va temblando por la entenebrecida
senda del vuelo inútil, y en mi amarga canción,
¿ no notáis el cansancio del alma envejecida,
huérfana de entusiasmo, casi sin emoción ?

Y es que a mis largas horas ningún amor las llena.
Yo me inspiro en las noches, en las almas en pena
y en los ojos cansados y secos de llorar.

Soy un poeta triste sin ideal y sin gloria,
a quien nada le importa dejar de su memoria
lo que deja la alondra vagabunda al pasar.

SEGUNDO BARREIRO.

POR TODOS LOS CAMINOS

Te espero cada día, solo con mi verdad,
por todos los caminos de la tierra y el mar.

En mis sueños floreces con la sonoridad
de las voces que nunca me supieron llamar.
Y en la noche crecida, cuando la sombra es más,
tiendes la mano buena que no puedo lograr.

Mis íntimas ternuras saben que has de llegar
en la luz de los cielos o en la brisa del mar.
Y se alargan mis brazos hacia la eternidad...
¡ Y estos brazos abiertos no se quieren cerrar !

Acaso aguarde siempre que diga tu bondad
dónde llevar mi vida para hacerla soñar.
(Este camino de hombres tú sabes que no va...)
Tal vez nunca tus labios la palabra dirán
que a esta carne dormida la torne realidad !

Y acaso, acaso un día largo de claridad,
ya que estas manos torpes no te saben hallar,
por todos los caminos mi corazón se irá...

CARLOS PRENDEZ SALDIAS.

IMPRESIONES LITERARIAS

FRENTE A « MATICES ». (1)

Hace diez años que conozco a José Ma. Cajaraville. Fué en una reunión partidaria, allá por Zapicán, pintoresco rincón del departamento de Minas. Contaría Cajaraville, en esa época, de 19 a 20 años; yo tenía poco más de 15. El era « orador »; yo « periodista ».

Cuando él llenó *el lugar inmerecido en la honrosa tribuna que otros oradores habían ocupado con justicia* (palabras sacramentales del orador ramplón), me dignè aprobar gravemente.

A una frase « feliz » del orador, yo pensaba: « ¡ Qué talento tiene ! » Y él, al verme aplaudir, se decía: ! » Qué buen crítico es ! ».

Vinieron, después de los discursos, el *con cuero,* el vino y las galletas, sabia medida a la que los oradores debieron el éxito de público, pues sin el *cebo* de la comida el noventa y nueve por ciento de la concurrencia se hubiera marchado antes de la mitad del primer discurso.

Creo que Cajaraville y yo comimos ese día en el mismo fogón y hasta bebimos en el mismo vaso. Al finalizar la fiesta éramos « grandes » amigos. Nos unió inmediatamente la secreta afinidad de los neófitos.

Sin embargo, en esa edad en que todo se mira sin *ver*, lejos estuve de sospechar en Cajaraville a un poeta como el de « Matices ».

(1) Libro que publicará próximamente el Sr. José M. Cajaraville.

Pasamos sin vernos nuevamente mucho tiempo, durante el cual se modificaron radicalmente mis gustos literarios... y políticos.

Probablemente a Cajaraville le pasaría lo mismo, pues lo ha movido siempre un noble afán de perfeccionamiento y de verdad.

Años más tarde nos conocimos realmente, en la dulce y amarga camaradería literaria, en uno de esos juveniles cenáculos donde los soñadores solemos despellejarnos cordialmente y vengarnos del olvido en que nos tienen los hacendados que todo lo son en el país.

A todos los lugares donde la vida me ha llevado,—fraternales y sinceras—me han seguido las cartas de este noble amigo, el único que no ha dejado de escribirme en ningún momento.

Cajaraville es gallego; llegó muy niño a estas tierras hospitalarias donde la civilización ha hecho tan grandes progresos que ya hemos aprendido a morirnos de hambre con una admirable «perfección» europea.

Algunos recuerdos de su hermosa tierra tiene Cajaraville en «Matices», recuerdos que se me antojan más soñados que vividos.

¿Qué más deciros de su vida?

El poeta no gusta de que se publiquen sus «miserias civiles».

Empleado público, periodista, orador, poeta, todo lo ha sido Cajaraville.

Actualmente desempeña un puesto de verdadera responsabilidad en el departamento de Minas.

Es poco conocido fuera de las fronteras departamentales. No ha colaborado nunca en grandes diarios ni en grandes revistas; pero tampoco se ha confundido con esa plaga de «glorias familiares», ramplones y plagiatos desvergonzados que suelen ser los dómines de su aldea.

Cajaraville se ha mantenido digno y honesto en un ambiente que le es hostil; se ha impuesto por sí mismo

y es hoy, entre los pocos jóvenes que cultivan las letras en su departamento, la más formal esperanza.

Con «Tribuna Minuana» primero y ahora con una página literaria que tiene a su cargo en «La Idea» de la misma ciudad de Minas, Cajaraville ha dado a las letras regionales un impulso desconocido por las mismas.

* * *

El poeta que se nos revela en «Matices» es desde luego un lírico, a despecho de algunos pasajes de real belleza objetiva.

Influencias extrañas indudablemente que las tiene pero no son ellas del carácter de las que anulan la verdadera personalidad. Cajaraville es todo lo personal que puede serlo la juventud que trabaja seriamente.

Empecemos por estas redondillas que se titulan *Véngame tú, Primavera* ¡Qué dulce, qué suave melancolía la de esos versos! Y qué originales y sentidos los verso titulados: *¡ Corazón ! ¿ Tú la viste cruzar ?* — Cierto que son un poco arbitrarios estos versos, desde el punto de vista formal, que se han deslizado en ellos, como en algunos otros, muchas asonancias que afectan hondamente la musicalidad, pero de todos modos son bellos y encierran un pensamiento novedoso. El corazón la vió cruzar.

Tú la viste
y sentiste
la más grande emoción.

Luego el corazón, cediendo a su vieja costumbre, lloró. El poeta, que lo creía muerto, lo siente revivir a la luz de la esperanza.

¿ No temes al dolor
de un nuevo desencanto ?

Pero el corazón ya nada escucha. Ciego, loco de ensueño y de quimera, corre tras la visión que se esfuma, del ideal que una vez más le engaña y le hiere.

Duélese el poeta de su triste suerte y canta:

Si hubieras sido ciego
te hubieras evitado
el dolor de soñar!

En *Genealógicas* tócase con absoluta preferencia la cuerda elegíaca, que parece ser la favorita del poeta que piensa acaso con de Musset:

Rien ne nous rend si grand qu'une grande douleur.
Les plus désespérés sont les chants les plus beaux
Et j'en sais'd inmortels qui sont de purs sanglots.

Si no se abusara de ciertos adjetivos familiares que son empleados con poca espontaneidad, y del acento no siempre sincero de la elegía, estas serían acaso las más brillantes composiciones que encierra «Matices». Pero, en general, las composiciones de *Genealógicas* acusan poca originalidad.

Vienen ahora los recuerdos de España a los cuales he hecho referencia. Los *Cantares* de Cajaraville nos dicen ya que su espíritu sigue siendo profundamente español, a despecho de las corrientes actuales. Pero el más importante de estos recuerdos es el idilio titulado *Cantaba un viejo cantar...*

Tiene el verso un dulce sabor clásico y picaresco que recuerda algunas cosas del Arcipreste o del Marqués de Santillana.

Si vas al prado por yerba
Yo te ayudaré a apañarla.
—Voy,—me dijo la rapaza,—
Y echamos juntos a andar.

Es un recuerdo de sus tiempos de zagal. Marcharon cantando, alegres de encontrarse solos en la soledad tentadora de la naturaleza.

La represa del molino
copió su pierna al pasar...

Un labrador cantaba, a la distancia, un viejo cantar...

Nos dió miedo estar solitos
Y estar tan cerca los dos!..

Después el idilio, el éxtasis, el arrobamiento sensual...

Calladitos, la represa,
la volvimos a pasar...
El viejo molino estaba
mudo, muy triste y muy solo,
Y creímos que la fuente
lloraba en vez de cantar...

Y ambos se separan mientras sigue oyéndose el viejo cantar que para mí simboliza la voz de la vida, del amor y de la muerte...

Hay en «Matices» otras composiciones de menor importancia que no quiero tomar en cuenta por no alargar demasiado este mal pergeñado comentario. *¡Progreso Maldito!*, cuyo asunto es la gran guerra que acabamos de presenciar, merece catalogarse entre lo que llamamos poesía política o civil; pero creo que Cajaraville no será nunca un poeta civil a lo Marquina, Chocano, o Guerra Junqueiro. En *Zarabanda Macabra* créese descubrir el alma torturada y paradojal de Baudalaire.

Cajaraville es poco feliz en los sonetos, más propios para los exquisitos que para espíritus sacudidos por rudas pasiones.

De intento he dejado para el final lo que me parece más original y más vigoroso de «Matices», cierta tendencia al humorismo, cierta mezcla de ironía y de dolor que se insinúa en las composiciones agrupadas en el capítulo *Cánticos Invernales*. El poeta ha tocado, a mi juicio, el verdadero resorte de la obra personal en estas composiciones. La forma es tan descuidada como siempre, pero son bellas las imágenes de una naturalidad sorprendente y los conceptos claros y precisos.

La Cama es lo más original del libro. El poeta le canta porque ella le libra de las mentiras, de las necedades, de las miserias del prójimo; *de los falsos amigos y los burgueses torpes*; en la cama se sueña e idealiza la vida que despreciamos al levantarnos; pensamos en los pobres que

duermen en el duro pavimento *con cubiertas de impresos* o en los bancos de la plaza; ella, la cama, nos libra de arrastrar la verguenza de nuestro gabán raido por las tertulias de invierno... Tiene el poeta un recuerdo fugaz para las horas de las caricias amantes, pero sólo canta al lecho *amigo*. Los burgueses, que sólo viven para las miserias de los negocios, no aman la cama; alguno dirá al leer al poeta:

—*Oigan a ese bohemio, pertinaz atorrante,*
perezoso, ¡ haragán !

Y para librarse en lo posible de todo eso, el poeta

en vez de ocho o seis horas,
¡ se tumba veinticuatro !

En *Ambular* hay una feliz tendencia objetiva que no aminora el subjetivismo de la composición.

Yo también me sonrío... es un asunto vulgar, pero presentado con verdadero arte y también con ese humorismo que es nervio de todo este capítulo del libro.

¡ Corazón de Poeta ! es más hondo, más doloroso. El dolor se tornó bandolero. Un día su gavilla desbalijó a un pobre transeunte; pero al verlo el dolor dijo:

¡Corazón de poeta !
No vale la pena
de haberte apresado !

Hace tiempo que el dolor le ha robado todo; ya no tiene nada que dar. ¡ Que lo dejen marchar, pues !

Corazón de poeta
Es muy mala presa

Pero no es así. Ningún corazón tan generoso como el del poeta, que se entrega al dolor por entero; ninguno le alimenta por más tiempo sin tratar de evadirse de sus garras.

Los partos de la Belleza, como los partos de la carne, se ennoblecen con el dolor.

Rien ne nous rend si grand qu'une grande douleur.

Florida, 1919.

MANUEL BENAVENTE.

REVELACIÓN

Como se halla en el cáliz prisionero
el mágico perfume de la flor,
como en lírico pecho de calandria
el gérmen misterioso de su voz;

Así yo en mi silencio, avaramente
oculté este perfume: mi emoción;
así yo he conservado en mi ternura
el gérmen misterioso de mi amor.

Y, en el verso, ese hermano que palpita
de mi vida fugaz al mismo son,
he confiado mi pena y en el verso
mi pena ha echado pétalos y es flor...

(Que deshojen tus manos su corola
que empurpura de sangre un corazón).

... Yo tenía guardada en mi esperanza
la luz de mi estrellita de ilusión;
perdida la esperanza, mi estrellita,
como una otoñal rosa se apagó.

Y, hoy, amiga, murmuro lo que dijo
un poeta llagado de pasión:
« En medio amor amar con esperanza,
y amar sin ella, ¡ verdadero amor ! ».

VICENTE LOPEZ.

A PROPÓSITO del «INTEGRALISMO»

Llenad vuestro espíritu y vuestro corazon, tanto como fuera posible, de las ideas y de los sentimiento de vuestro siglo, y la obra que emprendáis se realizará.

GOETHE.

Cuando los ejércitos del Emperador, «avanzaban hacia la muerte» en aquella jornada épica de la guerra mundial, un jóven poeta alemán—acaso ilusionado con el espejismo de lo que luego constituyó un avance trágico—levantó esta frase como bandera de una nueva escuela iconoclasta: «Destruyamos, para crear.»

Había aquí, como en el célebre manifiesto futurista de Marinetti, un error básico que condenaba a fracasar, por ende, toda doctrina o escuela que sobre ella quisiera cimentarse.

Destruyamos, bien, pero a condición de que creemos antes lo que debe permanecer y perdurar por los siglos de los siglos. Y, aún así, ¿para qué destruír? Mejor, creemos; que por el incesante crear nos perfeccionaremos de más en más, siendo cada vez mejores, propendiendo a que cada creación lleve íntegra toda nuestra personalidad.

Recuerdo la divisa agresiva, por feliz contraste, leyendo el expresivo programa «integralista».

Entiendo que en este desarrollo «integral», palpita el pensamiento completo de lo que debe ser, o tratar de ser, el individuo, dentro del núcleo social: un elemento de órden, con aspiraciones que irán realizándose de un modo regular y ascendente, sin violentar al ser moral, que cada uno tiene dentro de sí y es susceptible de perfeccionamiento, y sin chocar rudamente en el seno de la sociedad en que le toque actuar.

Desde este punto de vista, considero que el «integralismo» comporta una gran escuela de respetuosa tolerancia pero, no de pasiva indiferencia, lo que, por sí solo, constituye, un bello programa de acción.

Combatir esta inclinación a destruir que, por tendencia natural, todos traemos, que se manifiesta, claramente, en esos años que coinciden con «la crisis de la pubertad» y transformarla en una amplia obra educativa, es tarea loable en todo sentido.

Por otra parte, no sólo esta tendencia natural a destruir es la que hay que combatir educando, sino que, también hay que inculcar el sentido moral de lo que implica el «reformarse», cuando esta «reforma» se cumple como en el precepto luminoso de Rodó «bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad».

Es labor constructiva la que se necesita para el perfeccionamiento social; obra lenta pero que arraigue bien en el individuo, de modo que sea uniforme, dentro de lo posible, en el conglomerado que se traduzca en pueblo.

Lógico es que no ha de confundirse «integralismo» con «enciclopedismo». Este resulta imposible en la edad presente, por el material estupendo que sobre cada tema puede abrirse campo, siempre que, a la clara teoría de sus «expositores» se una la falanje de los «realizadores» esto es, de los que, incapaces talvez, para la meditación y para la elucubración reposadas, poseen el verbo comunicativo y la simpatía atrayente de los hombres de acción.

Y viene bien una escuela de tolerancia que, sin olvidar el respeto que se debe a las ideas arraigadas y firmemente asimiladas, se proponga, desde un punto de vista sereno, educar el espíritu, en un anhelo de perfeccionamiento integral, ya que el espíritu es como la piedra preciosa que, cuantas más facetas posee más luz explende y más se avalora por el trabajo paciente del tallador [illegible].

Salto, 1919. JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

AMADA INEXTINGUIBLE

¿ Cómo quedaste a mi visión prendida
a través de las torvas ventoleras
y los años oscuros ? Tu voz íntima
fluye ondulando como ayer y ablanda
mi caminar. Tu lámpara encendida
va delante de mi bruñendo el polvo
áspero y torturado de mi vía.

¡ Idealidad latente, que desnudas
a mis viles reclamos la divina
carne de tus magnolias !
Tirita mi neblina
como si fuera nieve de la Luna
tu resplandor. Y, barca estremecida
por ti, mi corazón hiende la espuma
y el rostro me salpica

Ávido de quimera,
subí por la montaña florecida
y en el aire sutil puse la frente
para henchirla de sol. Y toda henchida
del celeste pensar de las estrellas
se ha de abatir sobre la tierra umbría.

Pagué tributo al padecer lo mismo
que todos los humanos. Fué mi vida
un dolido mirar. Mi sed de unciones
lejanas, recogía
simientes de ilusión que mi locura
antes de germinar las exprimía.

No me duelo de mí. Yo nunca he sido
más que una niebla en el azar movida
para envolverte a ti. ¡ Pero tus piernas
gráciles, la humedad de tus pupilas
diáfanas, la inefable languidez
de tus manos, hundiéndose en la sima !

¡ Ah, nó ! Tus manos
arañarán la tierra; y tus pupilas
han de arrastrarse como dos gusanos
azules por la arena sorprendida !

Condensación de lágrimas y anhelos
que el polvo exangue espera todavía...
Amor, cuando yo duerma,
quede tu estela rubia suspendida
en mi sombra. Y alcánzame la azada.
Y alúmbrame el sendero. Mi energía
ha de romper la tierra...
y el agua clara manará en la herida !

Concreción de mis lágrimas y anhelos,
—linfa del porvenir, que a la deriva,
bajo la noche rodará... — Una estrella
se ha de quedar en tu cristal dormida.
¡ Amada inextinguible de ojos tenues
que presentí en mi albada fugitiva !

J. LAGOS LISBOA.

Talca, 1918.

NECROLÓGICAS

Dardo Estrada.

En esta capital, el 17 del pasado Marzo, dejó de existir el jóven historiador, bibliófilo y erudito—Dardo Estrada.

Presa de fulminante insania, volvió contra sí—desatentado—aquella mano suya, grande y blanda y cordial, tan trabajadora, que escribiera obras de aliento como la «Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo»

Robusto de armazón física, con solo 31 años, nutrido por copiosas y bien orientadas lecturas, poseedor de un envidiable material de trabajo en documentos originales, dueño de una magnífica biblioteca, y teniendo, a su alcance, además el caudal enorme de la Biblioteca Nacional, de la que era Sub-Director, ¿había nadie más indicado ni más preparado que él para escribir sobre historia nuestra?.

Es este intelectual y este trabajador, avalorado con las altas cualidades de un caballero, el hombre que han perdido las letras nacionales....

¿No es esta pérdida un verdadero dolor,—una positiva real pérdida?

Sí, seguramente,—y por eso «*Pegaso*» cumple con un claro deber—lejos de todo cumplimiento vano, recordando a este hombre de trabajo, y pensando, con sombría tristeza, en el misterioso designio destructor que truncó, tan siniestramente, vida tan útil, que dejaba descontar esperanzas por confianzas.

***

Los amigos íntimos de Estrada—media docena—publicarán en un tomo las obras que llamaríamos menores (monografías, estudios, notas sueltas) completando el librito con un retrato en talla fina.

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, del cual era socio de número, proyecta iniciar su Biblioteca con algún volumen documental de los varios que dejó prontos.

Así mismo se hará particularmente, casi enseguida, una segunda edición de la Bibliografía, completada con gran número de anotaciones nuevas que Estrada dejó completamente lista.

GLOSAS DEL MES

La prensa.

Ortega y Gasset se quejaba la vez pasada de la inoficiosa prensa de Madrid, en realidad demasiado pobre para la vieja capital de España.

En una de sus correspondencias avant-guerre para «La Nación» de Buenos Aires, decía Ruben Darío que no había tiempo en toda las horas del día para leerse todos los diarios de París, apesar de lo cual, solo uno, Le Temps, tenía espacio para ocuparse del libro *que vient de paraitre*, de las telas del Salón, de los sabios de la orilla izquierda del Sena, mientras el bulevar hierve y echa su vaho.

Gómez Carrillo, ferviente enamorado del periodismo, no ha disimulado su impresión en este asunto de los diarios demasiado insípidos o demasiado escandalosos, politiqueros, aristocráticos, oficialescos, de América y de Europa, que dan la lista diaria de los aplastados por los automóviles, que detallan asaltos y asesinatos, bodas y fiestas, leyes y nombramientos, intrigas galantes y aventuras ruidosas,—sin comentar jamás una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de pensamiento.

Producto puro y exclusivo del gran mundo del flirt y del bridge, de la diplomacia y el presupuesto,—cuando no del otro gran mundo de la costurerita sentimental y el hombre de la blusa azul, la mucama y el tendero,—estos diarios incompletos y sin alma, desvían su misión intelectual para explotar su medio.

Son mostrador de pulpería, bien antes que cátedra y tribuna:—nunca la Universidad del pueblo que quería Emerson.

Así es como en vez de cooperar al mejoramiento humano contribuyen a su desviación,—que para desgracia el vulgo es necio y hay mucha ignorancia y sobrados senderos oscuros.

La prensa de Europa, como la de América, está todavía muy lejos del ideal.—No se puede negar que hay grandes diarios en el más amplio sentido, como hay grandes periodistas que tienen el don del oficio.—La América española posee una prensa diez veces mejor que la de España, como la América lusitana sobrepone a Portugal una prensa superior en el material y en el espíritu,—y como la América inglesa,—prodigio y maravilla,—excede a Inglaterra con sus diarios grandiosos.

Sin embargo, esto no dice, que la obra es completa.—Países hay, aquí y allá,—y el nuestro es uno,—donde la prensa no gesta ni refleja la vida, que es la tarea elemental de su tarea.

Montevideo tiene diarios de la importancia de «El Día» y de «La Mañana», de «Diario del Plata» y «El Siglo». En el interior hay

cotidianos de mérito como «La República» de Paysandú.—Empero, ellos no dan todos los días la sensación de lo que pasa, no son de actualidad,—no animan la realidad como el espejo los objetos, no compulsan el espíritu interno y externo, permanente y fugaz, misterioso y palpitante de la vida.

El diarismo comporta esa universidad popular de Emerson, y debiera concentrar todas las vibraciones, todas las armonías, el problema y la farsa,el arte y la ciencia, la industria y la belleza la sonrisa y el duelo,—eso complejo y esencial que está en lo intimo de los sucesos,—y que viene a ser la miel de la realidad.

«El Día» por ejemplo, no tiene quien escriba una vez por semana, cuando no sea más, cuatro o cinco componedores sobre arte, comentando este libro, criticando aquella tela, analizando esta teoría, —pensamiento, ideales, espíritu al fin,—lo más hondo y lo más alto de la vida.—Sólo le encontramos allá por la última plana,—un día que otro,—algún cuento traducido del francés, cuento insustancial y ligero, las más de las veces.

Y no es que no haya por aquí quien los escriba tan notablemente como no se han hecho otros en castellano,—de la misma manera que su silencio sobre artistas y escritores,—no quiere decir que ellos no existan en Montevideo.—Son cosas inexplicables que a veces adquieren el sentido de inperdonables cuando se trata de un gran diario como «El Día»—que podía hablar al espíritu de todos y no de algunos solamente.—

Por suerte, Eduardo Ferreira ha vuelto en hora oportuna a «La Razón»,—y el espíritu de Blixen renace en ella con amor y entusiasmo.—Por suerte, también «La Mañana» y «El País» nos hablan seguidamente de letras y de artes, en vez de folletines policiales y de política de campanario.

Hay la necesidad, pues, de reaccionar y elevarnos,—de embellecernos por dentro, decía Platón.—Si un nuevo escritor surge, recibirle y ampararle:—si un libro aparece, elogiarlo o deshacerlo:—si una conferencia que no sea partidaria se realiza, comentarla y divulgarla:—mejorar en fin, ilustrando, enseñando, embelleciendo, el alma popular.

Los silencios usuales son ignorancia más que egoísmos,—y con silencio no hacemos nada,—amén de que se falta a la misión esencial del periodismo, pervirtiendo y deformando espíritus y gustos,—dando una pobre meta de cultura cuando el país entero, las letras y las artes, las ciencias y las industrias, la dan con toda la brillantez de una nación joven que tiene inquieto el corazón, fuertes las alas, ágil la mente, los ojos avisores y los pies ligeros...

TEÓFILO MANACORDA.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Los optimistas. — Por JESUS CASTELLANOS. — Editorial América. Madrid 1919.

Este libro se integra con varias conferencias literarias, dadas en la Habana por uno de los escritores cubanos que en Montevideo más se citan. Jesús Castellanos hállase entre los mejores críticos que tuvo el autor de «Motivos de Proteo». Quién tanto se molestaba por elogios vanos (en los que agotábase el adjetivo encomiástico) de literatuelos que quizá ni siquiera habían leído completa la obra, tuvo un gesto de complacencia al saber lo que Jesús Castellanos había dicho en la Gran Antilla, ante un auditorio selecto. Y es que el autor de «Los optimistas», por su fina perspicacia, lo claro de su espíritu y la erudición almacenada en muchos años de silencioso estudio, estaba realmente en condiciones de interpretar la prédica generosa de Rodó. Aquel trabajo que tanto gustara al maestro, compone uno de los capítulos de «Los optimistas», volúmen que encierra trece trabajos más, de alta crítica, varios de ellos con idéntico mérito. En el pórtico, Castellanos hace un llamado a los idealistas: «Cultivemos nuestro jardín» concluye. Yá fé que su espíritu se nos muestra con la fragante policromía de un jardín versallesco. Fluída y clara es la prosa, lo que da una diafanidad admirable al comentario que, a pesar de las citas profusas no cae nunca en lo pedante. Barbey d'Aureville, Flaubert, Verne, Kipling, Lluria, Piñeyro, los optimistas, todos estos cerebros, tan distintos, parecen armonizar en un libro donde todo es discreción y elegancia. Jesús Castellanos es uno de los más eficaces propulsores de la cultura de su patria. — V. A. S.

Ópalos por Julio Herrera y Reissig. — Ediciones Selectas América. Buenos Aires 1919.

Nuevamente nos ocupamos de la publicación que el señor Samuel Glusberg dirige con encomiable tino. Los elegantes cuadernos mensuales constituyen un valioso aporte intelectual. Abrió la serie «Florilegio», poesías escogidas de Amado Nervo; José Ingegnieros dióno luego una bella lección de psicología con «La moral de Ulises» El número 3, titulado «Espigas», encerraba fragmentos magníficos de Almafuerte. Este cuaderno último, con el nombre de «Opalos», nos trae una serie de pensamientos admirables, como sabía hacerlos

Julio Herrera y Reissig. El gran lírico, dejó, junto a su obra poética otra enjundiosa labor que poco a poco va siendo recogida. Ayer eran cuentos, artículos de crítica, ensayos diversos que una prosa deslumbradora y cabriolesca hace más personales y sugestivos; hoy son pequeñas composiciones, como talladas, con esa prolijidad de los camafeos. Estos «Opalos» serán vistos con agrado por todos los admiradores del poeta. Samuel Glusberg ha precedido con bellas palabras—que evidencian la admiración por el artista genial, tan prematuramente desaparecido—la selección que nos ofrece. Promete honrar con idéntico desinterés a otros talentos extintos, siendo José Enrique Rodó uno de los que primero van a figurar en este claro homenaje de las «Ediciones Selectas». — V. A. S.

Del Plata al Pacífico. (Viajes por Chile y Bolivia). — V. M. Carrió. — La Paz.

Un libro de viajes resulta, generalmente, pesado y tonto.

La mayor parte de los viajeros hablan por hablar y a mas de decirnos lo que mil veces hemos escuchado, lo hacen largo y mal; pocas veces traducen un sentir personal, sino el sentir general, por lo que sus narraciones, huérfanas de interés y de arte, tienen bien conquistadas la vida efímera y la indiferencia general.

Pero, una vez más, se ha confirmado aquello de que sobre nada se debe generalizar. Este libro es una rotunda y hermosa excepción a la regla.

Carrió, cónsul del Uruguay en Bolivia y Chile, ha estudiado profundamente el medio en que ha vivido. Sus crónicas traducen sensaciones y emociones personalísimas y están, además, escritas en una prosa tan rica y pintoresca, que hace que el libro se lea de un tirón.

Quién quisiera tener alguna idea de lo que son aquellos pueblos hermanos difícilmente encontrará otra obra en que mejor se retraten su naturaleza, sus costumbres y su idiosincracia.

No podemos terminar esta ligera nota sin señalar tres capítulos de este libro que se destacan del conjunto: El indio y la llama; el desierto de Atacama y Santa Lucía.

El primero nos revela el mutuo amor del quichúa y aquel animal, que fué, según parece, para los aborígenes bolivianos lo que el caballo para el gaucho nuestro.

El segundo describe el desierto de Atacama con tal intensidad, que no creemos pueda retratarse de mejor manera un paisaje de desolación y muerte absoluta.

Santa Lucía, el paseo predilecto de Santiago, le da oportunidad al autor para escribir una deliciosa página, toda llena de sentimiento y de color. — J. M. D.